



EL HORMIGUERO Psicoanálisis ◇ Infancia/s y Adolescencia/s

**EL MOTIVO DE CONSULTA COMO PUNTOS CARDINALES EN LA
ORIENTACIÓN DE LA CLÍNICA CON NIÑOS/AS**

AGUSTINA SCHÄUBLE

Universidad Nacional del Comahue

Centro Universitario Regional Zona Atlántica

agus_schauble17@hotmail.com

El motivo de consulta como puntos cardinales en la orientación de la clínica con niños/as

Resumen

El siguiente recorrido se enmarca en el Proyecto de Investigación V 112 “Destinos de(s)ubjetivación en infancia/s y adolescencia/s, intersecciones y comunidad”, dirigido por la Dra. Patricia V. Weigandt y Codirigido por la Lic. y Prof. Marina La Vecchia (CURZA-UNCo). A partir del presente escrito, se pretende reflexionar y generar la apertura de preguntas en torno a la trascendencia de las primeras entrevistas en el marco de la clínica psicopedagógica y el lugar que ocupa el motivo de consulta como guía en el devenir del tratamiento. A los fines anteriormente descriptos, se realiza el desarrollo del caso de un niño pequeño y el desenvolvimiento de los primeros encuentros tanto con él como con su madre y padre. A partir del relato, el trabajo se vale de conceptualizaciones psicoanalíticas tales como complejo de Edipo, metáfora paterna, *Fort-Da* y pulsiones, que entre otros colaboran en el análisis que requiere la teorización y revisión de la práctica clínica, en este caso, práctica clínica psicopedagógica con orientación psicoanalítica.

Palabras Clave: Motivo de consulta; clínica psicopedagógica; juego; complejo de Edipo.

Abstract

The reason for consultation as cardinal points in the orientation of the clinic with children

The following paper is part of the Research Project V 112 "Destinations of de(s)ubjectivation in childhood / s and adolescence / s, intersections and community",

directed by Dr. Patricia V. Weigandt and Co-directed by B.C. and Prof. Marina La Vecchia (CURZA-UNCo). From this writing, it is intended to reflect and generate the opening of questions about the importance of the first interviews in the framework of the psychopedagogical clinic and the place that the reason for consultation occupies as a guide in the future of treatment. For the purposes previously described the development of the case of a small child and the development of the first encounters with him, as well as his mother and father, are carried out. From the story, the work uses psychoanalytic conceptualizations such as the Oedipus complex, paternal metaphor, fort-da and drives, among others, which collaborate in the analysis that requires the theorization and review of clinical practice, in this case, Psycho-pedagogical clinical practice with psychoanalytic orientation.

Key words: Reason for consultation; psycho pedagogical clinics; playing; Oedipus complex.

Reseña curricular

Licenciada en Psicopedagogía (CURZA-UNCo). Profesora en Psicopedagogía (CURZA-UNCo). PAD (Profesora Adjunta Interina) asignatura Psicología Política, correspondiente al 3º año de la Licenciatura en Ciencia Política (CURZA-UNCo). Docente ayudante de la cátedra Pedagogía correspondiente a las carreras Lic. y Prof. en Psicopedagogía, Prof. en Ciencias Agropecuarias, Profesorado en Ciencia Política (CURZA-UNCo). Docente de la Cátedra Libre de género/s y sexualidad/es (CURZA-UNCo). Integrante del Proyecto de Investigación V112 “Destinos de(s)ubjetivación en infancia/s y adolescencia/s, intersecciones y comunidad”. Dirigido por la Dra. Patricia V. Weigandt y Co-dirigido por

la Lic. y Prof. Marina La Vecchia. Integrante titular de la Comisión interdisciplinaria conformada en el CURZA-UNCo para abordar las situaciones enmarcadas en el “Protocolo de intervención institucional ante denuncias por situaciones de violencias sexistas en el ámbito de la Universidad Nacional del Comahue”. Resolución Consejo Directivo N° 253/17 (octubre de 2017). Ex Becaria Graduada de Iniciación a la Investigación CURZA-UNCo (enero de 2016-diciembre de 2017) y Perfeccionamiento CURZA-UNCo (enero de 2018-diciembre de 2019).

El motivo de consulta como puntos cardinales en la orientación de la clínica con niños/as

Entrevista inicial

El presente recorrido pretende plantear y reflexionar en torno de algunos supuestos preliminares en el motivo de consulta respecto de un niño de tres años.

Se iniciará definiendo lo que se entiende por motivo de consulta, ubicando al mismo como ante sala al advenimiento de la demanda. En este sentido, el motivo de consulta tendrá lugar en las primeras entrevistas, espacios de encuentro entre el sujeto que consulta (en este caso la madre y el padre de un niño) y quien escucha (una Psicopedagoga) ¿Por qué se menciona inicialmente motivo de consulta y no directamente demanda? Pues se ha constatado en el corazón de la praxis psicoanalítica, que aquello que se enuncia no necesariamente está ligado a la demanda. Opto por tomar las entrevistas iniciales y el motivo de consulta como un primer momento de encuentro que auspicia como brújula y que debe ser lo suficientemente transitorio: aquello que aparece aparentemente certero y claro, aquello que se presenta como objetivo y motivo de preocupación, será lo necesario de disipar para que la escucha y los detalles se impongan a lo evidente, tal como Freud nos enseña en “El Moisés de Miguel Ángel” (1913). Justamente lo que carezca de relevancia, aquello que será material de descarte para otras perspectivas, tendrá para la escucha psicoanalítica, un lugar privilegiado.

El niño, al que llamaremos Lautaro, inicia el espacio Psicopedagógico a partir de la derivación de su pediatra. Fue el padre quien se contactó inicialmente a través de un llamado telefónico para solicitar un turno y ante mi propuesta de distintos días y horarios, responde que debía ser “*Lo antes posible*”.

La entrevista inicial se sostuvo con su madre y su padre, quienes manifiestan preocupación por la “*agresividad*” de Lautaro. Relatan que ha sido expulsado de un espacio de recreación acompañado de un pedido explícito de la dueña del lugar: “*No lo traigan más porque es muy agresivo*” (Sic). Asimismo, dan cuenta de distintas situaciones cotidianas en las que el niño pone en marcha agresividad con su familia: “*Nos acostamos a dormir y me toca la oreja. Pero no son mimos, empieza a tirármela o a apretármela*”, plantea su mamá. Describen al niño como independiente y relatan que suele pasar mucho tiempo con miembros de la familia materna, particularmente su abuela. Expresan, además, que nunca ha tenido dificultades para estar en otras casas o espacios e inclusive con otras personas que no sean su padre y su madre. Entre otras cuestiones, les consulto si podían identificar algunos momentos o circunstancias particulares en las que el niño mostrara agresividad y ambos plantean que no le gusta que lo toquen y, de hecho, se muestra más enojado ante algunas actitudes de su abuelo paterno. Según relatan en la entrevista, el abuelo de manera permanente lo “*molesta*” y lo “*toca o aprieta*”, situación que genera un gran rechazo en el niño. También plantean que cambiarle los pañales suscita un problema, dado que Lautaro no quiere que lo higienicen e inicia con gritos y golpes.

“¿Cómo llega Lautaro a la familia?” Fue una de las preguntas que realicé. Ambos me miraron unos segundos y se miraron entre ellos. Retomo la pregunta: “¿Planificaron el embarazo? ¿Lo esperaban?” Nuevamente se miran. En el transcurso de la entrevista, noté que la madre habitualmente buscaba la mirada del padre antes de responder. La mamá expresa que no fue un embarazo buscado y que generó modificaciones abruptas en torno a la hermanita de Lautaro, hija mayor de la pareja. Ambos hermanos son seguidos temporalmente y entre otros aspectos, la madre del niño debió dejar de amamantar a su otra hija al tomar conocimiento del embarazo. Durante el embarazo y luego del parto, la invadió

un gran sentimiento de culpa que aún hoy permanece: “Yo ni si quiera podía levantar a mi hija por la panza. Le dejé de dar la teta (...) me siento culpable porque la atención está toda puesta en Lautaro, todo el tiempo”. Acompañaba sus expresiones con gestos y ademanes con sus manos que hablaban de un ensimismamiento entre ella y el niño. Surge aquí una primera pregunta: ¿Es la agresividad de Lautaro un intento de, justamente, que la atención no estuviera puesta en él todo el tiempo? ¿Era la agresividad causa y efecto de un exceso de la mirada materna?

“¿Hay tiempo?”, me consulta su padre con angustia. “Tenemos tiempo. Tenemos todo por hacer”, respondí. Esa sola respuesta llegando al final de la primera entrevista, generó en los padres un visible alivio.

Ese primer encuentro finalizó con algunos puntos claves a pensar: el principal fue que ellos puedan hablar con el abuelo paterno a los fines de que cese el hostigamiento a Lautaro. Allí les planteé inclusive que, si era necesario, le expresen que ese pedido venía luego de una entrevista conmigo (en tanto noté que había cierta dificultad para poner un límite a este abuelo). También enfatiqué en la necesidad de dejar de presentar al niño como problemático y agresivo a donde fuera que lo llevaran (su padre cuenta que desde que inició el jardín, todos los días le pregunta a la docente como estuvo y le anticipa que “pega”): “Si las docentes tienen algo que decirte, lo van a hacer”.

El encuentro con Lautaro

Lautaro tiene especial interés en los animales. Ya en la entrevista inicial sus padres habían expresado que tiene una caja con animales y que no permite que nadie los toque ni quiere compartirlos. La primera vez, llega al espacio acompañado de su padre quien ingresa con él. Al notar que el niño sentía confianza para quedarse, le pido al padre que espere afuera y le enuncio al niño que estará allí esperándolo.

Saco las cajas con juguetes y las pongo a su alcance. De todos los juguetes, elige un gato y un perro. Los toma y no los suelta durante toda la sesión: con su mano derecha revuelve los juguetes y con la mano izquierda sostiene los animales. Lautaro dice “No”. A todo lo que le digo, dice no. Inclusive en aquellos momentos en que quiere decir sí, dice no. De manera repetitiva, ante cualquier pregunta o propuesta, dice claramente no. Revuelve los juguetes, revisa las cosas, aunque no elige nada en particular. Reacciona ante ruidos que irrumpen en el consultorio: llantos de bebés, puertas que se cierran.

Notaba que el niño no me miraba y cuando lo hacía, se evidenciaba cierta dificultad en sostener la mirada. En determinado momento, pongo sobre mi cabeza un objeto y hago equilibrio. Intentaba que me mire. Me mira y entonces, pongo sobre su cabeza también un objeto. Me imita. Yo ponía mis brazos y manos estiradas hacia arriba y en los costados de mi cuerpo, intentando mantener el equilibrio, él hacía lo mismo. Realiza un movimiento con la cabeza y se cae el objeto: “Se cayó” dice y se ríe. Me pide que el objeto que yo tengo en la cabeza también se caiga (señala, hace la mímica, no habla). Lo hago, se ríe. Una vez él y otra vez yo. Ponemos el objeto en la cabeza, hacemos equilibrio, hacemos la mímica... imita exactamente mis movimientos y gestos, se cae el objeto, se ríe a carcajadas. Repetimos esta secuencia una y otra vez hasta que llegó el momento de irse.

En el segundo encuentro Lautaro vino acompañado de su mamá. Lloró en la sala de espera cuando salí a recibirlo, por lo que pedí a su mamá que entrara hasta que él se sintiera cómodo. Lautaro tomó un juego de encastre: se trataba de encastrar los números donde correspondía. Invité a su madre a participar con nosotros: cada vez que Lautaro se equivocaba en el encastre ella le decía “No”. Hicimos tres intentos de que ella saliera del consultorio y Lautaro se paraba y la agarraba para que no se fuera. En un cuarto intento, yo le dije que su mamá iría al baño y luego lo esperaría afuera. Fue cuando enuncié que se iba,

que él accedió a quedarse sin ella. Antes, la madre se levantaba lentamente e intentaba irse sin que él se diera cuenta.

Durante un rato largo el niño encastraba una y otra vez los números de manera automática y repetitiva. Terminaba y volvía a empezar. Cuando no encontraba el lugar donde iba alguno estiraba su mano y me daba el número para que lo hiciera yo. “Mira la forma”, le decía, “No” respondía él.

En determinado momento deja de encastrar y pone sus manos y brazos a los costados y hacia arriba, hace un gesto con la cara... empieza a reírse. Le digo no entender qué estaba haciendo y repite la mímica: estaba diciendo que quería jugar con el objeto en la cabeza. En lugar de decírmelo con palabras, recurrió a la mímica. Tomo los mismos objetos que la sesión anterior y Lautaro repite, una y otra vez la secuencia. “¡Se cayó!”, se ríe. Ubica de nuevo el objeto en la cabeza, hace gestos y mímicas, se vuelve a caer. Decido, esta vez, agregar palabras y coloco el objeto sobre mi ojo: “El ojo de Lautaro”. Luego en la boca: “La boca de Lautaro”. En la oreja: “La oreja de Lautaro”. El niño me imitaba e iba colocando el objeto en distintas partes, contorsionando su cuerpo para lograr el equilibrio hasta que se caía y volvíamos a empezar.

La primera sesión, el niño lloró y le pegó a su padre porque quería llevarse los animales del consultorio. Ante la negativa, salió corriendo del consultorio gritando y llorando y fue a la sala de espera en búsqueda de su padre, quien le sacó los animales y me los entregó. Lautaro no me escuchaba.

En esta oportunidad y cuando noto que nuevamente quería llevarse los animales, le propongo un trato: “Yo te presto los animales y la próxima vez que vengas los traes así seguimos jugando acá. Y también trae tus animales”.

Así lo hicimos y al siguiente encuentro, trajo sus animales y los que se había llevado del consultorio. Nuevamente los tenía agarrados y no los soltaba, lo que dificultaba que pudiéramos jugar con otra cosa. Lo miro y le pido que me mire: “¿Qué te parece si soltas los animales así podemos jugar mejor?”, acompaño mi pedido estirando mi mano. Mira mi mano, duda... y abre su mano para que tome los animales. Los dejo a la vista, a un costado y comenzamos a jugar con los números de encastre.

Lautaro toma los números y se frustra cuando no puede encajarlos. Se enoja y empieza a golpear el juguete. Se dice solo y a sí mismo “La forma”. Levanta el número, mira la forma, mira el encastre y lo coloca. Cuando le sale dice “¡Muy bien!” (lo mismo que yo le decía momentos anteriores cuando lograba encastrar los números). Ante mi silencio, él se repite “¡Muy bien!” cada vez que logra encastrar un número. Y ante mi silencio nuevamente, se dice a sí mismo que debe mirar la forma. Por primera vez, Lautaro termina de encastrar todos los números, me mira y dice “Si”.

Llega el momento de terminar la sesión y cuando entra su mamá a buscarlo, repara en que ya no estaban a la vista el gato y el perro (pues yo los había guardado en la caja). Grita y señala la caja que estaba en un estante alto. Me remito y lo remito al acuerdo: “¿Te acordás que habíamos quedado en que los animales del consultorio iban a estar acá para jugar cuando vinieras? Te los presté unos días y la próxima vez que vengas, jugamos con ellos”. Mientras los animales estuvieron dentro del registro de su mirada, él pudo soltarlos y jugar con otras cosas. Cuando los animales salieron de su visión y sin previo aviso, Lautaro se angustió. Algo similar ocurrió con su madre: cuando pretendía irse del consultorio a escondidas y sin previo aviso, el niño se angustiaba y gritaba. Cuando se le enunció la partida de su madre, Lautaro accedió.

Empecé a pensar que algo en torno de la presencia-ausencia tomaba terreno en la agresividad de este niño, algo que también quedaba en evidencia en el juego de los objetos en la cabeza: “Se cayó” o en otro plano, “se fue”. El objeto va y el objeto viene. Se pierde y aparece. Se cae y se levanta. Desaparece arriba de la cabeza (se pierde del registro de la mirada) y vuelve al caerse generando risas y alivio.

Los puntos cardinales en el motivo de consulta

En las sucesivas repeticiones de Lautaro en torno al juego con el objeto en la cabeza y todo lo demás que se iba registrando en torno a lo que quedaba por fuera de la mirada y la agresividad del niño, fue casi ineludible pensar en Freud y lo que trae en torno al juego en “Más allá del principio del placer” (1920). Así, en el análisis del juego de un niño de un año y medio, el autor dirá que:

El arrojar el objeto de modo que desapareciese o quedase fuera podía ser asimismo la satisfacción de un reprimido impulso vengativo contra la madre por haberse separado del niño y significar el enfado de éste: “te puedes ir, no te necesito. Soy yo mismo el que te echa” (p. 2512-2513)

En efecto, retorna la insistente pregunta acerca de una posible contradicción: según su madre y padre, Lautaro es “independiente” y pasa mucho tiempo con otras personas. Al mismo tiempo, su madre relata “poner toda su atención y tiempo en él” al punto de sentirse culpable con su otra hija, a la que ella misma dice no prestar la suficiente atención. Tal independencia no aparece reflejada (al menos en este momento inicial) en el juego de Lautaro, quien repite incesantemente la pérdida del objeto y su inmediata aparición, tal y como Freud nos relatara en el juego *Fort-da* (se fue-acá está).

Más adelante, Freud continuará planteando algo que resulta particularmente significativo en cuanto a las pulsiones: en primera instancia dar lugar a aquellas ideas que

advengan y que puedan producir esclarecimiento alguno. En segundo lugar, dirá que se ha partido de la relación de oposición entre pulsiones de vida y de muerte: “El amor objetal mismo nos muestra una segunda polarización de este género: la de amor (ternura) y odio (agresión). Sería muy conveniente poder relacionar entre sí estas dos polarizaciones, reduciéndolas a una sola” (1920, p. 2535).

Retomando en este marco, las preguntas iniciales que inauguraron este recorrido y que no dejaron de insistir durante los encuentros con el niño y sus padres: ¿Es la agresividad de Lautaro un intento de, justamente, que la atención no estuviera puesta en él todo el tiempo? ¿Es la agresividad causa y efecto del exceso de la mirada materna? Y sin ánimos de realizar afirmaciones certeras en esta instancia inicial de tratamiento, aventuro el supuesto de que, tomando a Freud, amor y odio, ternura y agresión, se funden en el advenimiento de un espacio inaugural, de un tránsito singular que arroja la posibilidad de separación con la madre. Tránsito, tomando a Lacan (1958) zigzagueante (a manera de zigzag), lo que ha dado en llamar esquema L y que, valga la redundancia, zigzaguea entre el falo, la madre, el niño y el padre. Lacan, llama a estos últimos “puntos cardinales” (p. 70). Puntos cardinales, diré, que en tanto sentidos de referencia y ubicación, orientan el motivo de consulta.

Así, anunciaba ya en la clase 8 del seminario 5 el lugar de la “La metáfora paterna”. Dirá que la misma está en el corazón del Edipo y que remite a la función del padre. El padre, continúa, “llega (...) en posición de importuno (...) porque él prohíbe” (p. 76). Continúa preguntando ¿Qué es lo que prohíbe? Pues:

(...) él prohíbe ante todo la satisfacción real del impulso. Si debemos hacer entrar en juego la aparición del impulso genital, que no sea allí, puesto que parece intervenir antes. Pero está claro también que algo se articula

alrededor del hecho de que él prohíbe al pequeño niño hacer uso de su pene en el momento en que dicho pene comienza a manifestar lo que llamaremos veleidades. Esta es la relación de la prohibición del padre con respecto al impulso real. (Lacan, 1958, p. 76)

“Deja el mostro asqueroso, cochino”, le decía el padre a Lautaro refiriendo a su genitalidad. El padre le había dicho al niño, que el pene era el “mostro” y a partir de esa enunciación, Lautaro de manera repetitiva, agarraba su pene y le decía: “Papá, mira mi mostro”. Estas situaciones repetidas generan malestar en el entorno familiar y el padre, quien en reiteradas oportunidades le llama la atención cada vez que el niño lo hace.

En términos del Edipo lacaniano, podríamos pensar entonces en el ternario imaginario madre-niño-falo ubicado en el primer tiempo. Lautaro ubicado así en el lugar de falo imaginario que da sensación de completud a su madre, quien de hecho destina todo su tiempo y atención a él. Por momentos inclusive, en su relato, pareciera que “se para el mundo” por y para Lautaro. Un padre, por otro lado, intentando el registro de algo en otro orden y aún, infructuosamente, instalar algo en torno a la prohibición: “En casa los límites los pongo yo. Ella (refiriendo a la madre) es muy débil”.

En el Seminario 11 “Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis” de 1964, específicamente en la clase 16 denominada “El sujeto y el otro: la alienación”, Lacan se explaya en torno a las operatorias de alienación y separación.

En torno a la alienación, Lacan planteará que se trata de la “(...) primera operación esencial que funda al sujeto” (p. 78). Continuará interrogándose “¿Querrá decir, tal como parece que yo sostengo, que el sujeto está condenado a sólo verse surgir, in initio, en el campo del Otro? Podría ser, pero de ningún modo (...)” (p. 78). La alienación, proseguirá, consiste en una condena a que advenga sujeto en la división. Ese “de ningún modo” ubica

justamente la división: Hay condena al advenimiento en el campo del Otro y hay también separación. No hay separación sin alienación. No hay alienación sin Otro.

Separare, separar, acudiré de inmediato al equívoco del se parare, latín del se parar, con todos los sentidos fluctuantes que tiene en francés -tanto vestirse como defenderse, procurarse lo necesario para que los demás se cuiden de uno, y acudiré incluso, amparado por los latinistas, al se parere, el parirse de que se trata en este caso. ¿Cómo, desde este nivel, ha de procurarse el sujeto? Este es el origen de la palabra que designa en latín el parar (engendrer, en francos) (...). La propia palabra parto tiene su origen en una palabra que, en su raíz, sólo significa procurar un hijo al marido, operación jurídica y, digámoslo, social. (Lacan, 1964, p. 79).

Una primera aproximación a la demanda de este niño orienta a pensar entonces en las operatorias psíquicas antes mencionadas.

Referencias

Freud, S. (1920) *Más allá del principio del placer*. En: Obras completas, Tomo 3. Buenos Aires, Argentina. Biblioteca Nueva. Editorial el Ateneo.

Lacan, J. (1958) *Clase 8. En: Las formaciones del inconsciente. Seminario 5*. Recuperado de: <https://www.bibliopsi.org/docs/lacan/07%20Seminario%205.pdf>

Lacan, J. (1958) *Clase 9 La metáfora paterna. En: Las formaciones del inconsciente. Seminario 5*. Recuperado de: <https://www.bibliopsi.org/docs/lacan/07%20Seminario%205.pdf>

Lacan, J. (1964) *Clase 16. El sujeto y el otro: la alienación. En: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis. Seminario 11*. Recuperado de:

<http://www.bibliopsi.org/docs/lacan/Seminario-11-Los-Cuatro-Conceptos-Fundamentales-Del-Psicoanalisis-Paidos-BN.pdf>